

ULTIMO NUMERO

TRIUNFO
ULTIMO
NUMERO



El Bredier el McLohan
**EL FUTURO DE
LA ESCRITURA**

TRIUNFO ha llegado al final de un largo camino. Estas líneas pretenden hacer escueta la despedida que debemos a nuestros lectores, el adlós que corresponde a esta impropiable situación.

En el número inicial de la más reciente etapa de TRIUNFO describíamos su cambio de periodicidad como «una salida de urgencia para una situación agónica». La esperanza en esta «salida» descansaba en el argumento de que, atemperando con una periodicidad más dilatada las muy graves dificultades económicas que comportaba la aparición semanal de la revista, ampliábamos su permanencia en el tiempo y añadíamos probabilidades a favor de una posterior «solución». Solución que, para nosotros, no podía ser otra que el regreso a la específica vocación profesional de la revista que había sido: un semanario de opinión, de inequívoca significación democrática, cuya voz independiente debía seguir contribuyendo a favor de la libertad en esta lenta y difícil transición en que todavía estamos.

No es fácil, y es triste confesar que no hemos conseguido nuestros propósitos. Las previsiones se nos quedaron demasiado cortas. Y las circunstancias adversas —disminución paulatina de difusión, aumento acelerado de costes, descenso en picado de los mínimos ingresos publicitarios programados— crecieron con desmesura y, en los últimos meses, de forma galopante. En definitiva, nos ha desbordado una realidad que, aunque no nos parezca razonable, posee la razón histórica. No es útil revolverse contra ella y considerarla culpable de todos nuestros males. Probablemente, además de inútil es injusto. Lo que, en cambio, sí es cierto es que no hemos logrado alcanzar la cuota con la que aspirábamos a contribuir a la transformación de esa realidad desapacible y versátil.

Aplicando un criterio darwinista a la cuestión, quizá cabría sugerir que la implacable selección natural —y esa desapacible y versátil realidad como su agente— ha eliminado a TRIUNFO de la evolución de esta especie comunicacional. Entre otras causas, por no haber sabido —o no haberlo querido por no considerarlo coherente con la propia trayectoria— adaptarse a un medio en el que, por ahora, se elude o se pospone el ejercicio de la reflexión y del libre examen.

TRIUNFO ha llegado, pues, al final de su largo camino. A una situación irreversible, sin más allá, sin otra esperanza ya que el recuerdo positivo que pueda suscitar ese largo camino, honesta y libremente recorrido. ■ J. A. E.

ES preciso tomar prestado el conocido título de la obra de Luckacs para sintetizar la confusa y contradictoria situación política que

vive nuestro país o recurrir a la última novela de Semprún «La Algarabía», para describir la ceremonia de la irracionalidad política en la que nos encontramos. España, sobre todo en los últimos tiempos, siempre ha sido la piedra de escándalo de cualquier teoría política y, por lo general, aquí siempre ha sucedido lo contrario de lo que debía teóricamente suceder; pero lo que ocurre en las últimas semanas marca ya un salto cualitativo: España es ahora la piedra de escándalo para la razón y el sentido común. Y es precisamente esta ola de irracionalidad uno de los signos más preocupantes y sintomáticos del panorama político; sabido es que cuando se llegan a estos extremos empieza a llegar la hora de quienes hacen del asalto a la razón su concepción ideológica, su modo de existencia y su método de acción: la involución con sus dos vías, la vía armada del golpe de Estado y la vía pacífica del retroceso constitucional.

Es una constante en la corta historia del último proceso democrático español el hecho de que cuando aparentemente más se da la sensación de avance de las fuerzas progresistas mucho más en realidad se retrocede; así sucedió con la firma de los pactos de la Moncloa que precedieron en pocos meses la defenestración de Fuentes Quintana y así sucedió con la moción de censura contra Adolfo Suárez que precediera en pocas semanas la caída del primer presidente democrático y constitucional en más de cuarenta años. En ambas ocasiones el aparente éxito inicial no era tal; en realidad esta supuesta victoria formaba parte de la táctica de quienes toleraban a corto plazo este paso adelante para a continuación dar dos pasos atrás. Está fuera de toda discusión hoy que los reales vencedores de estos dos ilusos avances progresistas fueron sus adversarios.

Desgraciadamente esta constante vuelve a reproducirse estos días: tras la sensación de incontenible avance socialista, provocada por los resultados aplastantes de las elecciones autonómicas andaluzas, comienza a tenerse la impresión de que estamos en las vísperas de un nuevo retroceso generalizado. No sólo debido a la existencia de unas sentencias del Consejo de Guerra contra los responsables de un intento de golpe de Estado que

harán época en la jurisprudencia de este tipo de procesos, sino por la evidencia de maniobras subterráneas políticas que tienden a crear o a resucitar el viejo esquema antidemocrático de las dos Españas frente a frente.

Es decir, hoy cuanto más existe la imagen de un corrimiento hacia la izquierda, más derechizado aparece realmente el entramado político. Y es que sobre el telón de fondo de una permanente conspiración golpista, que está ahí y va a seguir estando, el proceso de bipolarización social que está apuntando en el horizonte no tiene más que un ganador seguro: la derecha no centrista ni centrada. Los elogios que desde esta acera se lanzan

hacia las transformaciones políticas registradas en este país desde hace un quinquenio, cuenta con la autopista del golpe de Estado y la carretera general del retroceso constitucional; la autopista de momento ha sido bloqueada, aunque no ha desaparecido, pero está la carretera general en la que estorba el autobús de Unión de Centro Democrático y la conducción consensuada que hasta aquí han desarrollado el citado autobús, el autobús socialista, los coches nacionalistas y la bicicleta comunista. Así no ha habido manera de avanzar por la ruta general.

Al margen de los problemas de fondo que genera la crisis del partido gubernamental, no hay crisis que

ques de atracciones. Es decir, mientras organiza el trasvase de viajeros del pinchado autobús centrista a su nuevo flamante microbús es preciso y urgente romper la unidad de los que defienden la actual Constitución y rechazan cualquier revisión de un joven y frágil texto constituyente.

El tiro al vascocatalán

Siguiendo con el símil verbenoso lanzan el tiro al blanco de las barracas de feria, en este caso el tiro al vasco catalán con la escopeta de dos cañones recortados de la Loapa, como medio de convertir el patio democrático en un gallinero. Aprovechando la cuestión del terrorismo del nacionalismo vasco radical, que todas las fuerzas democráticas condenan, reeditan toda la vieja literatura del separatismo y de la ruptura y quiebra de la unidad de España; aprovechando la sensibilidad extraordinaria por estos temas existentes en el seno de las Fuerzas Armadas colocan la trampa de la Loapa en la que han caído tanto el autobús deteriorado del centrismo como el autobús recién pintado del socialismo.

El objetivo es bien patente: tensar la relación entre el Congreso de los Diputados y las Fuerzas Armadas si no se da vía libre a este disparate o dividir a las fuerzas democráticas. La Loapa supone el enfrentamiento de las comunidades autonómicas vasco catalana, dos de los bastiones históricos de todas las experiencias democráticas fallidas en nuestro país, con el resto de la España democrática; la separación de la burguesía periférica democrática de la burguesía centralista democrática y la oposición de esta derecha nacionalista constitucional con la izquierda. Aparte, claro está, lo que supone la no resolución de uno de los problemas cardinales del proceso democrático.

Pero, sobre todo, esta concesión es un triunfo para cualquiera de las dos vías de la involución. De igual manera que el proyecto armonizador de las autonomías fue elaborado con el telón de fondo de los disparos del señor Tejero en el Congreso de los Diputados, su aprobación final por la Comisión Constitucional correspondiente del Parlamento tenía como decorado la ola de rumores sobre el alcance de las sentencias contra los responsables de un intento de golpe de Estado. De hecho la Loapa no es más que una minirreforma encubierta y vergonzante de la

EL ASALTO A LA RAZON

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

hacia los de la acera izquierda del socialismo no son más que el homenaje que el vicio involutivo rinde a la virtud de la socialdemocracia. Sin ninguna duda la crisis que atenaza a Unión de Centro Democrático es a la vez la crisis que paraliza e involuciona todo el escenario político; la sola posibilidad de que el espacio social y electoral de la derecha democrática puede ser representado masivamente por una opción no centrista ni centrada es realmente alarmante.

La doble vía de la involución

Quizá el bosque de la perspectiva golpista, no deja de ser otro síntoma curioso que el final del Consejo de Guerra no disminuye sino que aumenta la sensación de la amenaza de golpe de Estado, no deje ver los variados árboles que componen la fauna y flora de la involución. El esquema involucionista se mueve en una doble vía, no necesariamente coordinada ni dirigida desde el mismo centro, que a veces se entrelaza y a veces se separa. La meta o el destino final, poner punto a las mi-

surja en función del exterior sino todas brotan en base a los datos internos de cada situación crítica, la vía pacífica de la involución necesita de los pasajeros del autobús centrista, necesita que éstos pasen al taxi y que el vehículo del centrismo se vea empujado en un sandwich formado desde los flancos de la derecha y de la izquierda. Y parece obvio que lo está consiguiendo, tanto por la acción de quienes lo pasan por la izquierda a velocidad de vértigo como por los errores de conducción de los conductores del autobús. La indecisión y la vacilación del chófer del autobús centrista, más las pasadas por la izquierda, han hecho ya del taxi no centrista un microbús.

A la vez, es condición «sine qua non», necesitar romper la conducción ordenada y consensuada desarrollada hasta el momento con los altibajos conocidos; de lo contrario no le queda espacio para sus maniobras. Necesita que cada uno de estos vehículos choque con el otro, que cada uno de ellos se lance en una carrera frenética olvidando su primer deber prioritario de cerrar el paso a la involución; su verdadero objetivo es transformar a los vehículos democráticos citados en uno de esos autochoques infantiles que existen en los par-

EL ASALTO A LA RAZON

Constitución, de su título octavo, frente a la reforma al por mayor, abierta y reivindicada de los agentes políticos de la involución no armada. Así el tiro al vasco catalán es un *boomarang* que se vuelve contra todo el abanico de fuerzas democráticas e indica la suma debilidad e irracionalidad del sistema democrático.

La fragilidad del poder civil

Disparate que sólo hace reflejar la extremada fragilidad del poder civil; fragilidad bien patente tras el anuncio público de las sentencias del Consejo de Guerra. Falta de fuerza y autoridad que, precisamente, es denunciada por aquellos que cercan y hostigan este poder civil con la intención de sustituirlo por otro poder autoritario, la vía pacífica de la involución o dictatorial, la vía armada de la involución. Es un poder civil que cada día cuenta menos y que progresivamente va recorriendo el camino que otros poderes civiles similares recorrieron antes de sucumbir en otras latitudes europeas o latinoamericanas.

Sin embargo, y seguimos con las paradojas irracionales de este momento político, no se intenta desde el abanico de fuerzas constitucionales arroparlo con nuevas fórmulas gubernamentales de colaboración democrática entre los principales partidos constitucionales con el apoyo de los minoritarios, no se busca acabar la legislatura con un Gobierno fuerte democrático sino se persigue ir tirando débilmente hasta la anticipación de la convocatoria de las elecciones generales. Es decir, justamente lo que desean los partidarios de la involución: llegar a las urnas con la má-

xima expresión de fragilidad y debilidad de un Gobierno democrático para aumentar sus posibilidades alternativas como fórmula de autoridad y energía.

En lugar de recurrir a una política de unidad democrática, para hacer frente a este esquema involucionista, se cae en la trampa del electoralismo más desenfrenado como si España fuera Inglaterra o Suecia y la nuestra una monarquía constitucional consolidada. Cuando hoy lo prioritario es restablecer la preeminencia del poder civil democrático, ante el desafío de las dos caras de la involución, la mayor parte de los agentes políticos democráticos se enzarzan en discutir el adjetivo centrista o socialdemócrata de este poder civil sin ver cómo esta polémica les debilita en conjunto —aunque aparentemente alguno de ellos saque a corto plazo tajada electoral— ante la verdadera alternativa involutiva que se va gestando ante sus ojos.

Y para cerrar este capítulo de despropósitos que debilitan la democracia dos de los partidos constitucionales, el centrista y el comunista, se desangran en medio de una serie de escisiones y fracciones sin sentido alguno: ¿cuál es la verdadera interpretación del comunismo o del centrismo cuando lo que está en juego es la consolidación de la democracia? La renovación del centrismo o de la izquierda podrá ser necesaria, pero lo que desde luego es necesario es la

consolidación de la democracia sin la cual no habrá renovación de ningún tipo.

La racionalidad de lo irracional

Si se mira la práctica política de estos últimos meses se llega rápidamente a otra conclusión paradójica: quienes únicamente actúan con una mínima dosis de racionalidad política son las crecientes fuerzas de la irracionalidad política. La capacidad política, el esfuerzo profesional, la habilidad táctica y la visión estratégica están hoy del lado de los partidarios de la involución política; frente a este conjunto de datos racionales los demócratas dan una sensación bastante lamentable por la general desunión en la que se mueven y la falta de profundidad de sus jugadas.

Todavía no ha terminado la batalla, aún pueden quedar algunas esperanzas, pero si los próximos meses son como los transcurridos nadie podrá dudar del éxito de las fuerzas de la involución; la suma de éxitos conseguidos en corto espacio de tiempo así lo augura: la quiebra de Unión de Centro Democrático, el arrastre del PSOE hacia una política de confrontación y bipolarización social entre las dos Españas, la separación de catalanes y vascos del resto de las fuerzas democráticas, la agudización de la tensión entre las relaciones de los aparatos de Estado y el arco de partidos constitucionales, la descomposición del pluripartidismo político en beneficio de su opción de dos frentes nacionales y rojos, la polarización de la vida social y política, la ofensiva contra los pactos sociales tipo el ANE, etcétera.

Todo está preparado, pues, para el último asalto a la razón y de momento, no se detectan signos de que las fuerzas que encarnan la racionalidad salgan de la profunda irracionalidad política en la que se mueven. No está de más recordar lo que decía Simone de Beauvoir a comienzos de la década de los sesenta: la peor jugarreta que puede hacernos el diablo es convencernos de que no existe. Esa es la jugarreta del diablo involucionista español: convencernos de que no existe y que no es más que una alternativa democrática. Y hay muchos engañados ya, sobre todo en la izquierda, que contribuyen a este engaño; bien porque no quieren ver lo que ven, bien por un iluso cálculo electoral. ■ F.L.A.

